



Sociabilidades y vida cultural

Paula Bruno  
(directora)

# Sociabilidades y vida cultural

Buenos Aires, 1860-1930

Martín Albornoz  
Pablo Ansolabehere  
Federico Bibbó  
Paula Bruno  
Maximiliano Fuentes Codera  
Sandra Gasparini  
Daniela Lauria  
Soledad Quereilhac  
José Zanca

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector  
Mario E. Lozano

Vicerrector  
Alejandro Villar



Bernal, 2014

Colección Intersecciones  
Dirigida por Carlos Altamirano

Bruno, Paula  
Sociabilidades y vida cultural: Buenos Aires, 1860-1930 / Paula  
Bruno; dirigido por Paula Bruno. - 1a ed. - Bernal: Universidad  
Nacional de Quilmes, 2014.  
320 p.; 20x14 cm. - (Intersecciones / Carlos Altamirano)

ISBN 978-987-558-295-8

1. Historia Social. 2. Historia de la Cultura.  
I. Bruno, Paula, dir. II. Título  
CDD 306

© Paula Bruno. 2014

© Universidad Nacional de Quilmes. 2014

Universidad Nacional de Quilmes  
Roque Sáenz Peña 352  
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires  
República Argentina

editorial.unq.edu.ar  
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-295-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
*Impreso en Argentina*

## Índice

Introducción. Sociabilidades y vida cultural en Buenos Aires, 1860-1930, <i>por</i> Paula Bruno . . . . .	9
El Círculo Literario, 1864-1865/1866. Conciliación, disputas heredadas y tensiones de la hora, <i>por</i> Paula Bruno . . . . .	27
El Círculo Científico Literario en la década de 1870. Polémicas y promesas durante la modernización, <i>por</i> Sandra Gasparini . . . . .	59
La Academia Argentina de Ciencias y Letras (1873-1879): reflexiones en torno a su proyecto cultural, <i>por</i> Daniela Lauria . . . . .	91
Sociedades espiritistas y teosóficas: entre el cenáculo y las promesas de una ciencia futura (1880-1910), <i>por</i> Soledad Quereilhac . . . . .	123
La vida bohemia en Buenos Aires (1880-1920): lugares, itinerarios y personajes, <i>por</i> Pablo Ansolabehere . . . . .	155
Los encuentros de controversia entre anarquistas y socialistas (1890-1902), <i>por</i> Martín Albornoz . . . . .	187
El Ateneo (1892-1902). Proyectos, encuentros y polémicas en las encrucijadas de la vida cultural, <i>por</i> Federico Bibbó . . . . .	219

El Colegio Novecentista. Un espacio de sociabilidad en la crisis de posguerra, <i>por</i> Maximiliano Fuentes Codera . . . . .	251
Los Cursos de Cultura Católica en los años veinte. Intelectuales, curas y “conversos”, <i>por</i> José Zanca . . . . .	281
Sobre las autoras y los autores . . . . .	313

*Introducción*  
*Sociabilidades y vida cultural*  
*en Buenos Aires, 1860-1930*  
*Paula Bruno*

Círculos, cafés literarios, ateneos, banquetes, sociedades profesionales y otras formas de reunión cobraron vida a lo largo del siglo XIX en el actual territorio argentino. Mientras que en Europa estas asociaciones se vincularon con las prácticas políticas y culturales de las burguesías en ascenso y tuvieron un antecedente del cual diferenciarse, el salón aristocrático,<sup>1</sup> en América Latina –dadas las características de las sociedades hispanoamericanas– es difícil sostener que surgieron para sustituir a los salones y las tertulias de los tiempos coloniales. En cambio, estas asociaciones de diverso tipo se relacionaron con las historias de las independencias y con el surgimiento de nuevas dinámicas de organización social y política en las primeras décadas del siglo XIX. Por su parte, la sucesión de etapas que es posible fechar para los casos europeos no siempre tiene un correlato en estas geografías. El esquema de interpretación aceptado para pensar la sociedad francesa, por ejemplo, permite sostener que el círculo burgués sustituyó al salón aristocrático, a la vez que fue asumiendo un carácter marcadamente político ligado a la intervención en el espacio público; en los territorios que rompieron el lazo colonial con España fueron más frecuentes las superposiciones de formas de asociación y menos claras las definiciones sociales de las mis-

<sup>1</sup> Véanse Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002; Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 2003.

mas. En la práctica, sociedades de carácter público convivieron con las logias y las asociaciones secretas y con tertulias de apariencia o pretensión “aristocrática”.<sup>2</sup> A su vez, en el caso particular rioplatense, no es sencillo encasillar en rígidas denominaciones sociales a los actores que tuvieron un peso en la vida asociativa, dado que convivían en sociedades variopintas actores también ellos muy diferentes en lo que respecta a su pertenencia social.

En las últimas décadas, las historiografías de distintas latitudes prestaron atención a los fenómenos de sociabilidad asociativa con distintos objetivos.<sup>3</sup> El nombre de Maurice Agulhon, de hecho, actualmente se liga casi automáticamente con el concepto de sociabilidad. A su vez, los estudios que se han centrado en el análisis de la esfera pública y la opinión pública, influidos por Jürgen Habermas, han estudiado las sociabilidades y sus dinámicas y convirtieron la vida asociativa en uno de sus ejes de interés.<sup>4</sup> Estos trabajos han tenido sus ecos en la historiografía argentina de los últimos treinta años. Se pueden reconocer por lo menos tres líneas tributarias de estas tendencias europeas. En primer lugar, se encuentran los estudios de la sociabilidad en relación con la vida política del siglo XIX.<sup>5</sup> En segundo término, se cuentan las investi-

<sup>2</sup> Véase Roberto Di Stefano, “Orígenes del movimiento asociativo: de las cofradías coloniales al auge asociativo”, en Elba Luna y Élica Cecconi (dirs.), *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina*, Buenos Aires, Gadis, 2002, pp. 23-98.

<sup>3</sup> Véanse Maurice Agulhon, “La sociabilidad como categoría histórica”, en AA.VV., *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940*, Santiago de Chile, Fundación Mario Gónzora, 1992, pp. 1-10, y Jordi Canal i Morell, “El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)”, *Siglo XIX*, nueva época, N° 13, enero-junio de 1993, pp. 5-25.

<sup>4</sup> Maurice Agulhon, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009; Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a category of Bourgeois Society*, Cambridge, The MIT Press, 1991.

<sup>5</sup> Para distintos períodos y con miradas diferentes, son obras destacadas en este sentido: Pilar González Bernaldo, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, e Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el*

gaciones sobre las sociabilidades de distintos grupos sociales en el siglo XIX —en especial, de los sectores populares y de la élite social—.<sup>6</sup> Por último, se produjeron contribuciones sobre las asociaciones étnicas, sobre todo en el marco de los estudios sobre inmigración en el país.<sup>7</sup>

Es decir, las nociones de sociabilidad y de vida asociativa han tenido una acogida destacada en los estudios provenientes de la historia política y la historia social. En cambio, el estudio de las sociabilidades de la cultura no se ha convertido aún en foco de interés extendido. Puede sostenerse, de hecho, que mientras que en otros contextos historiográficos —y no solo europeos— los estudios sobre sociabilidades y vida cultural cuentan ya con varias décadas de despliegue, en la historiografía local es una perspectiva exigüamente explorada.

En la práctica, en la Argentina siguen utilizándose como obras de referencia sobre el tema libros publicados hace entre cuarenta y sesenta años.<sup>8</sup> Quizá este hecho se deba a la extendida difusión de los traba-

*voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998 (reedición: Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2004).

<sup>6</sup> Son ilustrativos los siguientes aportes: Sandra Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés, 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones Del Signo, 2002, y Leandro Losada, “Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: Los clubes sociales de la élite porteña (1880-1930)”, *Desarrollo Económico*, N° 180, enero-marzo de 2006, pp. 547-572.

<sup>7</sup> Entre otros trabajos, pueden verse: Fernando Devoto y Alejandro Fernández, “Mutualismo étnico, liderazgo y participación política. Algunas hipótesis de trabajo”, en Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 129-152, y Fernando Devoto, “Participación y conflictos en las sociedades italianas de socorros mutuos”, en Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (comps.), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1995, pp. 141-164.

<sup>8</sup> Por ejemplo: Raúl Castagnino *et al.*, *Sociedades literarias argentinas (1864-1900)*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1967; Haydée Frizzi de Longoni, *Las sociedades literarias y el periodismo (1800-1852)*, Buenos Aires, Asociación Interamericana de Escritores, 1947; Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1958.

jos emparentados con las perspectivas ya mencionadas: la de Agulhon, centrada en las relaciones entre sociabilidad y modernidad política, y la de Habermas para pensar las dinámicas de la esfera pública. Por su parte, aunque la obra de Roger Chartier<sup>9</sup> –quien ha problematizado en sus libros las líneas de Agulhon y Habermas– ha tenido gran difusión en los ambientes académicos nacionales, no son numerosos los trabajos inspirados en sus análisis.

Más allá de estas coordenadas, si se amplía la lente de observación hacia otras contribuciones, pueden encontrarse propuestas para abordar las sociabilidades culturales que han tenido menos repercusión en el contexto local, pero que, con distintos acentos, operan como marcos de referencia en estudios de diferentes países. Piénsese en Raymond Williams y su postulación sobre la necesidad de abordar un grupo cultural en relación con el contexto social, particularmente expuesta en su estudio “The Bloomsbury fraction”;<sup>10</sup> en las contribuciones de Jean-François Sirinelli, quien propuso la combinación de tres pilares para concretar una historia de los intelectuales: los itinerarios particulares, la generación, y las redes y los lugares de sociabilidad;<sup>11</sup> y las apreciaciones de Georg Simmel sobre la sociabilidad como un rasgo inherente de la vida social, que permite ver en juego las formas que asume la interacción social.<sup>12</sup> A su vez, entre las sugerencias de Simmel es de especial

<sup>9</sup> Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*, op. cit., y *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1996.

<sup>10</sup> Raymond Williams, *Culture and Materialism*, Londres, Verso, 2005, “The Bloomsbury fraction”, pp. 148-169.

<sup>11</sup> Además de las obras surgidas de las investigaciones de Jean-François Sirinelli, como *Génération intellectuelle. Khâgneux et Normaliens dans l'entre-deux-guerres*, París, Fayard, 1988, puede verse su artículo “Le hasard ou la nécessité? Une histoire en chantier: l'histoire des intellectuels”, *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, N° 9, enero-marzo de 1986, pp. 97-108.

<sup>12</sup> Georg Simmel, *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Madrid, Alianza, 1986, y *Cuestiones fundamentales de sociología*, Buenos Aires, Gedisa, 2002.

interés la propuesta de tratar la conversación (no solo desde la perspectiva del consenso, sino también desde la del enfrentamiento y la lucha) como una instancia en la que entran en dinámica distintas fuerzas sociales.<sup>13</sup> Consideraciones a las que pueden sumarse las observaciones de Marc Fumaroli sobre la cultura de la conversación, dado que, es válido subrayarlo, las asociaciones culturales permiten rastrear indicios sobre la historia de la conversación entre pares o el establecimiento de jerarquías dentro de un grupo en lo referente al uso de la voz pública.<sup>14</sup> A estas pistas sobre la conversación pueden añadirse las referidas a la lectura, ya que se consolidaron en las últimas décadas aportes que historizaron esta práctica en el marco de círculos culturales de distinta índole.<sup>15</sup>

De este modo, aunque de manera indirecta, estudiar las formas de sociabilidad cultural permite aproximarse a las dinámicas de conversación y de lectura, dos objetos tan interesantes como escurridizos. Paralelamente, dadas las notables relaciones entre ámbitos de sociabilidad y publicaciones periódicas (un rasgo que se hace presente en las colaboraciones de este volumen), sería también factible realizar en el futuro una aproximación más sistemática a las formas de “trabajo cooperativo” o colectivo –como las denominó Howard Becker–, que realizaban editores, escritores, correctores, imprenteros, libreros y miembros de círculos culturales.<sup>16</sup>

<sup>13</sup> Sobre estos aportes pueden consultarse dos balances: AA.VV., “Lectures”, en Nicole Racine y Michel Trebitsch (dirs.), *Sociabilités intellectuelles. Lieux, milieux, réseaux*, París, Les Cahiers de L'HHPT, N° 20, marzo de 1992, pp. 30-43, y Heloisa Pontes, “Círculos de intelectuais e experiência social”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 12, N° 34, pp. 33-69.

<sup>14</sup> Marc Fumaroli, *Trois institutions littéraires*, París, Gallimard, 1994, “La conversation”, pp. 113-210.

<sup>15</sup> Sobre este aspecto pueden verse los aportes reunidos en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Buenos Aires, Taurus, 2011.

<sup>16</sup> Algunas sugerencias en este sentido se encuentran en Howard Becker, *Los mundos del arte. Sociología del trabajo artístico*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2008, “Mundos del arte y actividad colectiva”, pp. 17-59.

En suma, este rápido panorama de referencias presenta algunos de los desafíos para pensar las sociabilidades y la vida cultural con distintos acentos: su rol social, las formas de vínculos interpersonales que se entablan en su interior, las dinámicas de la vida asociativa, las definiciones sociales de quienes se sienten “dentro” de un cenáculo y marcan un “afuera”, el reconocimiento de autoridades y de pares, las relaciones de amistad y confianza que sostienen ciertos círculos o estilos de vida, las figuras de “hombre de cultura” que proyectan estas asociaciones. Estos y otros niveles se enhebran en las páginas de este libro.

A partir del desafío de contribuir al estudio de las dinámicas sociales del mundo cultural en un período de mediano plazo que abarca las décadas comprendidas entre 1860 y 1930, los aportes de este volumen comparten una serie de preguntas sobre los ámbitos y los espacios de la vida cultural porteña. Algunas especificaciones al respecto: en primer lugar, cabe destacar que un conjunto de interrogantes ha servido como guía para pensar en las sociabilidades culturales; entre ellos: ¿qué pretendían estas asociaciones?, ¿cómo percibían sus fundadores y miembros la vida cultural del país?, ¿cuáles fueron sus objetivos?, ¿cómo encararon sus procesos de organización?, ¿hubo formas de asociación más orgánicas y reglamentadas que convivían con estilos o formas de vida asociativa más laxas?, ¿qué referencias extranjeras funcionaron como modelos de las sociabilidades culturales porteñas?, ¿qué relaciones se establecieron entre figuras de distintas edades en las asociaciones?, estas asociaciones ¿fueron vistas como complementarias a las instituciones estatales de la cultura o como espacios que competían con las mismas? Sobre la base de indagaciones realizadas en la última década –los autores y las autoras que participan en este libro realizaron sus investigaciones doctorales en distintas disciplinas en este período– los textos aquí presentados comparten algunas lecturas y cierta sensibilidad. Sin embargo, como se verá en los capítulos, no siempre los interrogantes comunes conducen a respuestas afines. Como en toda obra colectiva, es en la diversidad de perspectivas donde radica la riqueza que las diferentes propuestas aportan para pensar la vida cultural porteña.

Antes de avanzar en el trazado de algunas de las líneas del volumen, merece una consideración aparte la cuestión ligada a la cartografía de las sociabilidades estudiadas. En los capítulos sucesivos aparecen referencias a ubicaciones espaciales de una Buenos Aires que estaba siendo escenario de transformaciones urbanas radicales.<sup>17</sup> El Círculo Literario se reunía en una casa de Calle Cuyo; el Círculo Científico Literario en cafés y fondas y en quintas, pero también en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en la casa de Julio E. Mitre; la Academia Argentina de Ciencias y Letras en la casa de Rafael Obligado; las sociedades teosóficas y espiritistas en casas de varios particulares y realizaban conferencias en lugares como el Ateneo Español; la vida bohemia transcurría en cafés, restaurantes y tabernas; las controversias entre anarquistas y socialistas tenían lugar en cafés, tabernas y clubes políticos, mientras que las conferencias asociadas a ellas se desarrollaron en el Teatro Doria; el Ateneo tuvo, una vez más, la casa de Rafael Obligado y otras casas particulares como espacios de reunión; el Colegio Novecentista realizaba sus reuniones en el local del Círculo de Prensa, mientras que los Cursos de Cultura Católica funcionaron en varias sedes en las calles Alsina, Reconquista y Carlos Pellegrini. Aunque no es la intención de este libro pensar la ciudad desde las sociabilidades, vale señalar que estas localizaciones espaciales seguramente permitirían dar cuenta de las transformaciones culturales de la ciudad. Se abre en este punto una potencial agenda de investigación que, quizá siguiendo las propuestas de Christophe Charle y Carl E. Schorske, permitiría estudiar la dimensión material y urbana de Buenos Aires como “capital cultural”.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Véanse Jorge Liernur y Graciela Silvestri, *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, y Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

<sup>18</sup> Christophe Charle, *París Fin-de-siècle. Culture et politique*, París, Seuil, 1998; Carl E. Schorske, *La Viena de fin de siglo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.



Es preciso destacar que el interés de la cronología que recorren los capítulos del libro reside en que permite visualizar tres momentos de la historia de la vida de esta capital cultural: uno abierto en 1860, otro que se dibuja en el giro del siglo XIX al XX y el último, que se extiende, aproximadamente, entre el Centenario de 1910 y fines de la década del veinte.

Sobre la primera marca temporal: cabe advertir que hacia la década de 1860, identificar en Buenos Aires a un solo grupo o describir un único espacio de sociabilidad intelectual preponderante no es una tarea posible. Este hecho marca un contraste en relación con las décadas comprendidas entre mayo de 1810 y la consolidación del rosismo. Para esos años pueden reconocerse y caracterizarse espacios de sociabilidad de manera relativamente precisa e incluso listar a las figuras que conformaban la élite letrada porteña. Constatan esta afirmación los siguientes ejemplos: la Sociedad Patriótica y los hombres de la revolución, la Sociedad Literaria de Buenos Aires y el grupo rivadaviano, y el Salón Literario y la generación del 37.<sup>19</sup> Sin embargo, cerrado el ciclo de la experiencia rosista, la vida asociativa tuvo una etapa de indiscutido auge. Habían quedado atrás los tiempos en los que una única asociación literaria se posicionaba nítidamente sobre el resto de las agrupaciones culturales y, a tono con una tendencia más general de avance del asociacionismo desde la caída de Juan Manuel de Rosas, desde la década de 1860 las sociabilidades de carácter cultural se multiplicaron.

<sup>19</sup> Sobre estas asociaciones véanse Eugenia Molina, *El poder de la opinión pública. Trayectos y avatares de una nueva cultura política en el Río de la Plata, 1800-1852*, Santa Fe, Ediciones UNL, 2009; Jorge Myers, “La cultura literaria del período rivadaviano: saber ilustrado y discurso republicano”, en Fernando Aliata y Lía Munilla (comps.), *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata*, Actas del Coloquio, Buenos Aires, Eudeba, 1998; Jorge Myers, “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, República, Confederación*, vol. III de la *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 381-445.

Mientras que algunas de estas asociaciones contaban con un perfil ligado a una tendencia “disciplinar”, “erudita” o “profesional” —como la Asociación Médica Bonaerense (inaugurada en 1860), la Sociedad Científica Argentina (creada en 1872) o el Instituto Geográfico Argentino (fundado en 1879)—, otras, como las aquí estudiadas, se postulaban sin más como agrupaciones culturales que podían reunir a figuras muy diversas en su interior. De este modo, si se confrontan los años post-1860 con los decenios anteriores, la novedad central de esta etapa es la apertura de una multiplicidad de zonas culturales en el ámbito porteño.<sup>20</sup>

Evaluable en perspectiva, el panorama de asociaciones intelectuales dibujado entre 1860 y el fin-de-siglo presenta un despliegue considerable. Aunque los objetivos de algunas de las agrupaciones aquí presentadas variaron (lo que puede apreciarse en la transición entre el objetivo principal de generar una conciliación de intereses anclada en el mundo letrado en los años posrosistas, encarnado por el Círculo Literario, y la apelación a la formación de una asociación intelectual madura y moderna, acorde con sus homólogas extranjeras, sostenida por los miembros del Ateneo), se mantuvo una intención de fondo: existía consenso en torno a la idea de que la república letrada sería una parte constitutiva de la cultura nacional y debía convocar a hombres con intereses diversos, tanto ideológicos como “disciplinarios”, para sostener proyectos colectivos y constituirse en el vector del desarrollo del progreso intelectual del país. Aunque es sabido que en la época la denominación de “literario” —o términos afines— no implicaba, necesariamente, que se realizaran actividades exclusivamente ligadas al mundo de las letras, y pese a que no puede sostenerse de manera tajante que durante estas décadas las cuestiones ideológicas y políticas quedaran fuera de la mesa de discusión en estas asociaciones, vale resaltar que ciertos deba-

<sup>20</sup> Puede verse al respecto, Paula Bruno, “La vida letrada porteña entre 1860 y el fin-de-siglo. Coordenadas para un mapa de la élite intelectual”, *Anuario IEHS*, N° 24, 2009, pp. 338-369.

tes de orden político fueron relegados en pos de focalizar la atención en las dinámicas culturales del país, tendencia que se mantuvo hasta al menos el fin-de-siglo. En esta línea pueden inscribirse las siguientes asociaciones aquí presentadas: el Círculo Literario, el Círculo Científico y Literario, la Academia Argentina de Ciencias y Letras, las sociedades espiritistas y, en algunos sentidos, el Ateneo, que podría pensarse como una experiencia tensionada entre el primer momento que se acaba de caracterizar y el segundo, que se presenta a continuación.

Hacia fines de siglo, como muestran los ensayos sobre las reuniones de controversia entre socialistas y anarquistas, algunos aspectos del Ateneo y las reuniones ligadas a la bohemia porteña, no parecía una tarea sencilla, pero tampoco deseable, supeditar los intereses de orden político a los de orden cultural. Por un lado, el “momento 1890” había abierto un nuevo ciclo en la vida política y pública de Buenos Aires y de todo el país. Por otro lado, también los espacios educativos universitarios se encontraban ya más consolidados; es posible pensar entonces que, junto con las sociabilidades culturales que respondían a la idea de círculo o ateneo, las discusiones centrales se daban, a la par, en ámbitos institucionales formales, como la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. De hecho, el auge de las ciencias sociales y el despliegue de una cultura científica son dos fenómenos que se vinculan estrechamente con la vida universitaria.<sup>21</sup>

Así, el escenario que se configura entre fines de siglo y el momento del Centenario muestra una coexistencia de espacios de sociabilidad. Si en las décadas comprendidas entre 1810 y 1830 y la década posrosista era usual la convivencia de las sociedades públicas con las logias secretas, para el cambio de siglo la simultaneidad se daba entre los círculos culturales, las asociaciones de carácter político con intereses intelectuales

<sup>21</sup> Carlos Altamirano, “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 31-66.

tuales y la vida universitaria. Pese a este proceso de ampliación de posibilidades, cabe destacar que las trayectorias individuales muestran que estos ámbitos no eran excluyentes: era usual que los mismos hombres públicos participaran en unas y otras instancias, patrón especialmente visible en los itinerarios de los visitantes extranjeros. Por ejemplo, Eugenio d’Ors participó en eventos que tuvieron lugar en universidades, en la Asociación Wagneriana, en banquetes varios y en la Institución Cultural Española, como puede verse en el capítulo sobre el Círculo Novecentista. En la misma dirección, Pietro Gori, de acuerdo al trabajo sobre las controversias entre anarquistas y socialistas, circuló por espacios universitarios, clubes políticos y otros cenáculos. Pero también se encuentran los nombres de José Ingenieros, Rafael Obligado o Rubén Darío –una figura híbrida entre los visitantes y los locales– transitando distintos escenarios de la vida asociativa porteña. Ingenieros fue una figura clave en los encuentros entre integrantes del anarquismo y el socialismo y colaboró en las publicaciones de las sociedades teosóficas y espiritistas. Darío, por su parte, fue una de las figuras emblemáticas de la vida bohemia y participó activamente en el Ateneo.

Entonces, si 1860 abre un momento y el cambio de siglo signa un segundo momento para las sociabilidades culturales, resta apuntar algunas características de un tercero y último momento para este tipo de iniciativa, que se extiende en los años comprendidos entre 1910 y 1930, aproximadamente. Existe en la actualidad cierto consenso al señalar que hacia 1910 se habría perfilado la profesionalización de ciertas disciplinas y su institucionalización, a la vez que se dibujaron figuras intelectuales encasillables dentro de rótulos más específicos que los de antaño. Así, los perfiles del políglota, el hombre de cultura y el letrado podían contrastarse con los del escritor, el periodista, el historiador o el crítico profesional.<sup>22</sup> A la vez, tuvieron lugar otros fenómenos, como

<sup>22</sup> Véase Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, pp. 161-199.

la emergencia de un mercado cultural especializado y el surgimiento de instituciones que sirvieron de marco a estos fenómenos: facultades, departamentos, institutos y cátedras, que dotaron a las disciplinas especializadas de un encuadre referencial con constancia y normas. Algunos ejemplos en este sentido: si bien la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires se creó en 1896, sus cátedras y sus institutos de investigación vinculados con temas nacionales tardaron varios años, y hasta décadas, en definirse y consolidarse. Por ejemplo, la primera cátedra de Literatura Argentina, a cargo de Ricardo Rojas, fue inaugurada en 1913 y el Instituto de Literatura Argentina, en 1922. En el mismo sentido, la Sección de Investigaciones Históricas comenzó a desarrollar sus actividades en 1906 y se convirtió en Instituto de Investigaciones Históricas en 1921 y, aunque la Junta de Numismática Americana fue creada en 1893 y en 1901 se organizó como Junta de Numismática e Historia Americana, solo en la década de 1920 comenzó a publicar sus boletines. La Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales se creó en 1874 como parte de la Universidad de Buenos Aires, pero sus actividades comenzaron a ser visibles en 1915 en ocasión de la edición de sus *Anales*.

En un movimiento contemporáneo al de la profesionalización y la institucionalización, en las tres primeras décadas del siglo xx surgieron emprendimientos renovadores que giraron en torno a revistas culturales y a grupos asociados a ellas —como *Nosotros*, *Revista de Filosofía*, *Martín Fierro*, *Inicial*, *Proa*, *Prisma*, entre otras—. Estas nuevas empresas se constituyeron en tanto ámbitos de articulación de nuevas constelaciones intelectuales, signadas fuertemente por la pertenencia a determinados moldes disciplinares o por la filiación con grupos, vínculos y solidaridades que excedían ampliamente el espacio brindado por las páginas de sus órganos de difusión y que cristalizaban en ámbitos de sociabilidad cultural. Estos dos procesos —la profesionalización de las disciplinas y el surgimiento en los veinte de grupos de intelectuales con proyectos renovadores— permiten contextualizar tanto la experiencia de El Colegio Novecentista como la de los Cursos de Cultura Católica. Si bien las

dos iniciativas tenían muy diversos objetivos, en sus formas de organización y en los debates que se dieron en su interior puede percibirse la atención brindada a fenómenos que excedían ampliamente los marcos porteños. Como es sabido, desde mediados de la década de 1910 sucesos de repercusión internacional, como la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, signaron fuertes transformaciones en los espacios intelectuales latinoamericanos. La crisis del gran modelo cultural y civilizador encarnado en la tradicional Europa, la resistencia a tomar como parámetro civilizador a los Estados Unidos (ante el recrudecimiento de las ideas antiimperialistas) y el ascenso de nuevas experiencias políticas basadas en ideologías de izquierda, pero también otras claramente autoritarias, confluyeron para configurar una década de 1920 en la que las certidumbres de antaño desaparecieron para dejar en el escenario la búsqueda de nuevas legitimidades. La caracterización de Europa como el baluarte del progreso, la civilización, el orden y la ciencia cambió de signo en la crisis de posguerra y puso en cuestión la idea del Occidente civilizado, lo que dio surgimiento a nuevas corrientes de ideas. Por su parte, la Reforma Universitaria de 1918 desencadenó un amplio impacto de dimensiones latinoamericanas. Estas coordenadas redimensionaron, seguramente, las ideas acerca de las formas adecuadas de participar de sociabilidades culturales y de los puentes entre éstas y el mundo político. Los tiempos estaban cambiando de manera rauda y las posibilidades para pensar la cultura parecían readaptarse a ellos.

Aunque luego de 1930 se crearon círculos letrados que en su esencia retomaban algunas de las premisas de aquellos surgidos en las décadas anteriores, lo cierto es que se produjo desde entonces un avance de las instituciones formales de otro tipo. De hecho, las creaciones de las academias disciplinares, que aún perviven, datan en su mayoría de las décadas de 1930 y 1940 (entre ellas, Academia Argentina de Letras: 1931; Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas: 1938; Academia Nacional de la Historia, ex Junta de Numismática e Historia Americana: 1938). Quedan planteadas las preguntas respecto de en qué medida estas formas de agrupación disciplinar jaquearon o potenciaron las

intenciones de figuras del mundo cultural de generar espacios que trascendieran las fronteras disciplinares y se mantuvieran ajenas a las dinámicas estatales. A su vez, valdría la pena explorar la actitud del Estado a la hora de apoyar a sociabilidades de tipo profesional o disciplinar, mientras dejaba a otras libradas a su suerte. En este punto, asumen relevancia las consideraciones de orden financiero expresadas como un problema en varias de las asociaciones estudiadas. De alguna manera, la falta de apoyo o aval estatal se tradujo en algunas de ellas en prácticas de autogestión –con distintos grados de éxito.

Complementan esta periodización tentativa algunas consideraciones sobre los rasgos compartidos y las divergencias entre las formas de sociabilidad estudiadas. En primer lugar, algunas observaciones sobre las tensiones entre ellas y la vida política. Aunque con marcas de contexto muy diferentes entre sí, en todas las asociaciones de carácter más formal analizadas se plantearon las preguntas sobre cómo debían vincularse las actividades intelectuales con las dinámicas políticas y las coordenadas estatales. Las respuestas a estos interrogantes variaron de caso en caso. En lo que respecta a las relaciones con el Estado en la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo, mientras que el *Círculo Literario* no solicitó apoyo financiero estatal ni pretendió asociarse a las iniciativas de aquel con sus actividades, en otros espacios se plantearon opciones menos tajantes. Así, aunque la Academia Argentina de Ciencias y Letras no consiguió apoyos estatales, uno de sus intereses centrales fue dar forma a un proyecto, el del *Diccionario de argentinismos*, que fue funcional a ciertas intenciones homogeneizantes surgidas desde algunas voces del Estado. De este modo, aunque el vínculo entre las demandas estatales y la asociación no parece ser tan claro, la Academia tuvo la intención de dar forma a un proyecto cultural atribuyéndose un rol central en los procesos de nacionalización.

En lo que respecta a la relación entre sociabilidades y vida política se dieron grados de relación diferentes. Si el pionero *Círculo Literario* planteó titubeante la discusión sobre si debía o no haber una intervención de la asociación en las querellas políticas, el *Círculo Científico* y

Literario parecía buscar una referencialidad estrictamente cultural en sus debates para no atravesar el puente hacia el mundo político con sus intervenciones. En las sociedades teosóficas y espiritistas parecen haberse dado situaciones con pliegues interesantes para pensar la relación entre la política y las formas de asociación. Este hecho se constata en el interés de los círculos teosóficos en contar entre sus acólitos con figuras que tuvieran repercusión en el ámbito público, como Alfredo Palacios o Leopoldo Lugones. Las figuras de la vida bohemia y los participantes de la sociabilidad compartida en tensión entre anarquistas y socialistas, por su parte, permiten ver cómo la cultura de izquierda fue arraigándose en determinados espacios y dando forma a distintos tipos de figuras culturales asociadas a ella. Más tarde, si se comparan las dinámicas del Colegio Novecentista con los Cursos de Cultura Católica, queda claro que ya en las primeras décadas del siglo los espacios de sociabilidad cultural parecían refugio necesario o trinchera posible para salvaguardarse de los debates más candentes o intervenir en ellos.

En suma, al recorrer los capítulos del libro se podrá ver que entre las sociabilidades en las que prima el principio de replegarse sobre el mundo cultural y aquellas que tienen actitudes más dubitativas al respecto se dibujan casos híbridos. Pero también se puede ver que con el correr de las décadas parece definirse una actitud de intervención más directa en la vida pública de espesor político.

En segundo lugar, vale la pena subrayar algunas características sociales de las formas de sociabilidad aquí abordadas. Una mirada de mediano plazo permite establecer algunas ideas para pensar los entramados sociales que se formaron en estos agrupamientos y la relación de los mismos con dinámicas sociales más extendidas. En prácticamente todas las formas de sociabilidad aquí estudiadas la voluntad de reunirse y autoconvocarse primó sobre cualquier tipo de imposición por parte de una conducción jerárquica de un espacio de reunión. La elección de reunirse, establecer lazos de confianza y conversar sobre temas afines superó en todos los casos (salvo en los encuentros de controversia entre anarquistas y socialistas) las tensiones y permitió que, al menos

por algunos momentos, imperara la tolerancia como valor social compartido. En este sentido, la conversación operó tanto como contrapartida de las luchas oratorias y reales como del silencio y la atomización. Incluso en momentos de tensiones y disputas, parece haber reinado en las distintas formas de sociabilidad estudiadas un principio compartido: el reconocimiento de la forma de sociabilidad como el marco de un grupo con valores y hábitos compartidos. De hecho, en las ocasiones en que la horizontalidad entre los miembros se vio violentada por la aparición súbita de voces que pretendían alzarse sobre otras adjudicándose primacía fueron evidentes las muestras de inconformismo, hecho que se manifestó en dos expresiones. La primera se relacionó con las tensiones entre figuras de distintas edades: perfiles consolidados entraron en disputa con otros emergentes. Los ejemplos en este sentido se multiplican: en el Círculo Literario, en el Colegio Novecentista y en los Cursos de Cultura Católica estas tensiones fueron explícitas, pero también se dibujaron entre los hombres de la bohemia porteña y entre los miembros del Ateneo. La segunda línea de tensión se dio al definirse otras formas de autoridad, por ejemplo, cuando en las controversias entre anarquistas y socialistas comenzaron a primar las voces de figuras intelectuales reconocidas el resto de los participantes en las mismas manifestaron, incluso violentamente, su desazón. En un sentido paragonable se puede pensar la tensión generada entre los promotores de los Cursos de Cultura Católica y la cúpula eclesiástica.

En suma, al producirse alteraciones en las sociabilidades entre pares, y definirse líneas de separación tajantes entre oradores y público, maestros y discípulos, o protagonistas y espectadores, se perfilaron tensiones que parecen evidenciar una intención en algún punto común entre las distintas formas de sociabilidad tratadas: la de construir espacios de convivencia en los cuales las jerarquías –sociales o intelectuales– no acompañaran la construcción de vínculos interpersonales. Es posible que este rasgo encuentre su explicación en una particularidad de las contribuciones aquí reunidas: las mismas abordan ámbitos de sociabilidad que, aunque con distinto grado de organicidad y formalidad, se

mantuvieron siempre ajenos a las instituciones estatales y a los intereses disciplinares o profesionales. Es decir que se trata de espacios en los que las motivaciones para autoconvocarse y reunirse de los fundadores, los miembros y los concurrentes fijos o coyunturales no estaban asociados a intereses ritmados por afinidades profesionales ni por intenciones de avance estatal sobre la sociedad civil. De este modo, las relaciones personales parecían reguladas por “afinidades electivas” y no por imposiciones verticales.<sup>23</sup> Pese a este rasgo, en distintas asociaciones se planteó la discusión sobre dónde trazar las fronteras de los espacios de sociabilidad. Esta duda se hizo presente tempranamente en el Círculo Literario, que intentó definir un perfil de “hombre de letras” adecuado para su época, pero también en el Ateneo, cuando las voces de sus miembros pivotaban entre la tentación de seguir siendo un ámbito de sociabilidad letrada replegado y la de abrirse a los procesos de “democratización cultural”, o en las tensiones planteadas en el seno de los Cursos de Cultura Católica en cuanto a cómo debían organizarse: ¿abiertos o cerrados?, ¿laicos y autónomos, o religiosos y dependientes de las jerarquías eclesiásticas?

Como tercera característica general del volumen, es destacable que figuras intelectuales diferentes conforman una variada galería de perfiles. Estas figuras asumieron relevancia en relación con sus posicionamientos frente a debates estéticos e ideológicos, entre los que se destacan las tensiones entre espiritualismo-materialismo (que tuvieron expresiones en el Círculo Literario, el Ateneo y el Colegio Novecentista), entre nacionalismo-cosmopolitismo (expresados de manera contundente en el Círculo Científico y Literario y en la Academia Argentina de Ciencias y Letras), entre asumir funciones cívicas o dinámicas estrictamente literarias (como se ve en las tensiones planteadas en el Círculo Literario y, sobre todo, en el Ateneo), entre cultura militante y estilos estéticos (tensiones presen-

<sup>23</sup> Véase Maurice Aymard, “Amistad y conveniencia social”, en Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. VI: *La comunidad, el Estado y la familia*, Madrid, Taurus, 1991, pp. 57-101.

tes entre los socialistas y los anarquistas y la vida bohemia), entre reformismo y antirreformismo (dos caras de un fenómeno que pueden verse en el Colegio Novecentista y en los Cursos de Cultura Católica). En este punto, el aporte común de este libro es que no se estudian estos debates y polémicas desde la perspectiva privativa de las ideas. Es decir, se apuesta a una historia social de la vida cultural y se combina el plano de las batallas de opiniones con la dimensión social de las formas de agrupamiento de figuras intelectuales.

Agradezco a Carlos Altamirano la confianza en este proyecto. Es un honor que este libro forme parte de la colección Intersecciones. Los autores y las autoras convocadas mostraron entusiasmo en la propuesta y excelente predisposición en los intercambios; les agradezco sinceramente su participación. Por último, muchas gracias al equipo editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

## *El Círculo Literario, 1864-1865/1866* *Conciliación, disputas heredadas y tensiones de la hora* Paula Bruno\*

### *Introducción*

En 1852, con el fin de la experiencia rosista, parecía inaugurarse un nuevo capítulo para la historia del país. El momento fue percibido por varios contemporáneos como propicio para aliviar las tensiones del pasado y establecer nuevos vínculos sociales. Varias asociaciones aspiraban a fomentar la convivencia y dejar atrás las fracturas que habían ritmado las décadas anteriores.<sup>1</sup> Durante los años del rosismo se generaron varias divisiones de este tipo: mientras que algunas familias habían permanecido en Buenos Aires, otras habían marchado al exilio. A su vez, los exiliados no conformaban un elenco homogéneo. Aunque formaban un frente común en oposición a Juan Manuel de Rosas, en su interior existían disensos. Por ejemplo, los llamados “exiliados unitarios” no siempre estaban de acuerdo con los miembros de la “generación del 37”. Pero no solamente en otras tierras se trazaban diferencias. Los resquebrajamientos se dieron también en distintas zonas del actual territorio argentino, e incluso en el interior de Buenos Aires: ciertas figuras apoyaron al rosismo de manera abierta, otras no lo hicieron. Tampoco fueron inusuales

\* Agradezco los comentarios de Leandro Losada. Esta investigación se vio beneficiada por el apoyo del Fondo Nacional de las Artes al proyecto titulado “Sociabilidades intelectuales en Argentina. Desde la Revolución de Mayo hasta el Centenario”.

<sup>1</sup> Véase Pilar González Bernaldo, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.